



CAPÍTULO XXII

La Eucaristía y el Progreso

Pasmosa ventaja temporal conseguida á causa de la Santa Eucaristía.

SUMARIO

Preliminares.—Paralelo entre el estado degradante de los pueblos paganos y su reformatión mediante los bienes que les proporcionó el Cristianismo.

I. El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas.

Planes de Lucifer.—Pueblos que sacrificaban á los hombres por honrar á los demonios.—Y por aplacarles.—Y por tenerles propicios.—Inmolación de párvulos á los demonios.—Otras atrocidades cometidas con los niños por el mismo fin.—La ley de los esclavos.—Degradación de la mujer.—Hombres que herían sus carnes con el propio objeto.—La castración con idéntico fin.—Doncellas que consagraban perpetuamente su virginidad á la impúdica diosa.—Homicidios y suicidios intentados por el diablo para que sus perpetradores le ofreciesen con ellos sacrificios.—Todos estos sacrificios de humanas víctimas se han extinguido merced al influjo del Sacrificio de la Santa Eucaristía.

II. El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas irracionales.

Dios exigía del pueblo hebreo víctimas irracionales.—También el demonio las exigía de los idólatras.—Estos sacrificios desaparecieron con la institución del Santo Sacrificio de la Eucaristía.—Reflexiones.—Á medida que el Sacrificio de la Eucaristía es olvidado y despreciado, aumentan los sacrificios de víctimas humanas.—El Sacrificio del Altar es materialmente muy poco costoso con relación á los sacrificios antiguos.—Por el hecho de ser estable el Sacrificio de nuestros altares, se prueba su grande utilidad.—Las espigas de trigo.—Resumen y conclusión.

Con aire atrevido y como quien está completamente seguro de la victoria, un impío muy famoso, desde las columnas de sus escandalosos escritos, ha lanzado á los cató-

licos formidable reto al parecer.—Mostradme, nos dice, lo que se puede añadir por la Revelación para la gloria de Dios, para el bien de la sociedad y para mi propia utilidad, y qué virtud puede nacer de un nuevo culto que no sea una consecuencia del nuestro (1). No es mi ánimo rebatir una por una las proposiciones enunciadas en ese triste arranque de desesperación, porque pueden muy bien refundirse en la siguiente: ¿Qué ventajas ha obtenido la Sociedad de la Revelación?

Los deístas, despojados de los ojos más hermosos del hombre, de las luces espirituales, como que lo observan todo al través del oscuro prisma de la materia, no pretenden ver en las instituciones, aun las divinas, más que ventajas puramente temporales; lo espiritual es para ellos asunto que corresponde únicamente á seres débiles y apocados, lo celestial y lo eterno, á visionarios ó gente ridícula. Pero bien; aparte estas afirmaciones racionalistas que no merecen la pena de ser combatidas; aparte que está probado cuál ha sido la gloria que á Dios ha reportado la Revelación, y el inmenso bien espiritual que por medio de sus dogmas santísimos ha conseguido el individuo y la sociedad entera: es mi deber pasar rápidamente la vista sobre las más principales ventajas temporales que nuestra augusta Religión ha logrado al mundo, ya que detenernos en cada una de ellas es imposible en estos momentos, y que esto sirva como de introducción á la tesis que nos ocupa.

En el principio del Tratado tercero de esta Obra expondré cuál fué la vida y virtudes de los primeros cristianos; probando allí que reconocen por causa á la augusta Eucaristía, y esto mismo consignaré en este lugar como última consecuencia, haciendo ver que el Misterio del Altar ha atraído á los hombres en derredor suyo, trocando sus funestos hábitos en costumbres las más puras.

En efecto: quien hubiera visto á los paganos y demás pueblos bárbaros, y tocara de cerca las prácticas de los

(1) Rousseau, Emil., tom. 3, pag. 122.

verdaderos cristianos, no diría sino que el Autor de la naturaleza creó dos razas humanas enteramente distintas y diametralmente contrarias, á quienes entregó el imperio del mundo para que se lo disputaran entre sí. Esa bajeza de ideas, ese conocimiento vago é incierto de la Divinidad, á la que se creía dividida en tantas porciones como pasiones anidan en el hombre; esa ignorancia absoluta de la vida sobreterrenal y eterna, por lo que no se reconocían otras bellezas que las actualmente visibles, y jamás se esperaba en otra felicidad imperecedera é inmensamente dichosa; esas infinitas opiniones vagas é inciertas de la verdad, del origen del hombre, de sus aspiraciones legítimas, de sus relaciones propias, de su verdadero fin, de lo que constituye en una palabra la sana filosofía, formaba toda la ciencia del paganismo: para él estaba velada la verdadera ciencia; y no obstante, la Revelación, mágico resorte, descorrió el velo de la ignorancia, nos hizo conocer al único Dios, nos permitió comprender del hombre su origen y su fin, y nos enseñó una filosofía llena de verdad.

Como consecuencia de aquellos primarios errores, los paganos, libres de todo precepto, ni respeto tenían á Dios ni al hombre; abusaban del Criador y de la criatura, ya que al primero dejaban de tributarle el homenaje debido y convertían al segundo en vil instrumento con el que saciaban sus bajas pasiones. El hombre, su semejante, era su triste esclavo; sobre él tenían absoluto poder, y el miserable, á quien correspondía la desgracia de ser uno de tantos, arrastraba una vida llena de amargura. La mujer era más infeliz todavía; instrumento sólo de placer, cuando las arrugas habían surcado su rostro, ó cuando á los ojos del galán parecía menos grata, era mirada como insoportable carga; se la repudiaba injustamente, y con ojos enjutos se la veía inmolar. El Cristianismo, sin embargo, abolió la esclavitud, y el siervo es mirado como hermano; el Cristianismo propagó el santo Matrimonio, y la mujer adquirió derechos respetables.

Mas el pagano abusaba también de sí propio, entregándose á los deseos del corazón relajado. Los teatros, los ba-

ños, las plazas, y hasta los caminos públicos, llenos estaban de esculturas asquerosamente lúbricas, y daban á conocer, bien á las claras, cuál era la sociedad para la que no había lucido todavía la antorcha de la Revelación cristiana. Sólo ésta pudo poner en olvido tantas fealdades, por las que tantos crímenes se perpetraban, tantas enfermedades se adquirían, tan prematuras muertes se alcanzaban.

Era la virtud desconocida de los pueblos bárbaros en tanto grado, que el vicio ocupaba su lugar. La soberbia, el fausto, el orgullo, la venganza, la codicia, la gula y la ebriedad divinizadas estaban; y sus adoradores, el pueblo en general, practicaba á mansalva lo que estas mentidas deidades representaban. Los mismos filósofos, hombres que por conservar el juicio sano se abstendían de muchos vicios, ni conocían la base y la meta de la virtud, ni podían formarse un concepto aproximado de la misma. Pero llega el Cristianismo, y penetrando como dardo de fuego en las conciencias de los hombres, consume sus escorias, la gracia divina se enseorea del corazón humano, y al deseo insaciable de placeres siguen la continencia y la mortificación, y al fausto y la molicie reemplazan la moderación y la abstinencia, y al orgullo sucede la humildad. El desprecio de los bienes terrenos ocupa el lugar de la codicia, la fraternidad, el de la venganza, y la paz del corazón, el de la intranquilidad más amarga. Con la Revelación provino la elevación de ideas, la aspiración al cielo, y con éste á todo lo grande, lo bello, lo inmenso, lo infinito. Con el Decálogo creció el amor al trabajo, y las ciencias adelantaron, y las artes se elevaron á su más alto grado de perfección.

Aquí tiene el impío Rousseau y sus prosélitos ligeramente indicado si la Revelación ha podido añadir algo para la gloria de Dios, para el bien de la sociedad y para su propia utilidad. Podíamos asegurar á aquella triste gloria del racionalismo, que él mismo no hubiera alcanzado tantos conocimientos, ni encontrádose en una sociedad adelantada como la en que se halló á no ser por la Religión Católica.

Pero si bien es cierto que dicha Religión, mediante la Di-

vina Eucaristía, como centro á donde converge toda Ella, tantas ventajas temporales ha logrado al mundo, no es menos cierto que sobre las mismas nos ha conseguido una estupenda, á saber: Que ha hecho cesar la cruel matanza de seres racionales é irracionales que tenía lugar en los sacrificios que ofrecían los pueblos antiguos. Cuestión social importante que precisa estudiar en el presente capítulo.

I

El santo Sacrificio de la Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas

Es innegable que desde el momento en que el ángel prevaricador fué precipitado eternamente en el infierno, cobró un odio tan implacable á las criaturas, en particular al hombre, precisamente porque era capaz todavía de adquirir imperecedera gloria que, siempre que el Eterno se lo ha permitido, ha cebado en él su rabia satánica. Y no se crea que su grande conato ha consistido únicamente en dañarle en los bienes del alma, sino que los bienes de honor y fama, los de salud y hacienda, los de interés personal y público han sido objeto de su saña cruelísima. Pero, qué más? Los inocentes seres irracionales, víctimas han sido reiteradas veces de la voracidad del lobo que habita las infernales mansiones. Ejemplo sin igual es la divina historia del paciente Job que, por envidias y sañas de Luzbel, sufrió horriblemente en todos sus bienes á excepción del de su vida. Enemigo eterno del hombre, sus planes consisten en destruirle y aniquilarle si pudiera, aunque ha prometido falazmente no dañarle, con la condición única de hacerse su amigo y de que le adore como á Dios. He aquí la tendencia secular del mal espíritu para que los hombres le rindan homenaje, y nótese asimismo el execrable medio de que se vale para perderle y para que experimente al cabo de sus infelices días un fin tan funesto como el suyo propio.

Ahora se comprenderá igualmente, por qué esta venenosa serpiente haya exigido á sus adoradores víctimas huma-

nas, haciéndoles creer que son la mejor ofrenda que podían presentarle; pero adviértase también de paso que, siendo su codicia insaciable, haya asegurado á sus sectarios que el número de víctimas no está calculado, que cuantas más le ofrezcan en sacrificio tanto más propicio les será, tantos más bienes les dispensará, de tantos mayores peligros les librará; que en consecuencia, los que no pretendan adorarle de esta manera son sus mayores enemigos y que de éstos deben escogerse las víctimas; que si lograran sacrificarlos todos no habría calamidades porque dejarían de existir los seres que las merecieran; constituyendo todo esto la razón final de esos sacrificios sangrientos de seres humanos, ¡plaga de las sociedades! ¡borrón de la historia!

Y ¡quién lo creyera! Sin exageración, quizá en el transcurso de cuatro mil años, el culto del infernal espíritu ha sacrificado á sí propio más víctimas humanas que seres racionales cuenta actualmente el globo que habitamos. Con esto se comprenderá de una vez el beneficio incalculable que está reportando el Sacrificio de la S. Eucaristía, pues ha borrado casi enteramente de la superficie de la tierra ofrendas semejantes. Basémonos en hechos. Una autoridad infalible reseña la inclemencia de ciertos padres que, sin misericordia alguna, mataban á sus propios hijos, comiendo luego sin horror sus entrañas; (1) y en uno de los libros de los Reyes se nos asegura que el rey de Moab sacrificó á su hijo primogénito (2). Los cananeos tenían por muy familiares esta clase de abominaciones, puesto que ofrecían sus hijos á los demonios, arrojándolos inhumanamente á las hogueras litúrgicas (3). Los ídolos de oro, en representación de los diablos, se bañaban en sangre humana; ¡tanta era la que se derramaba á sus pies! Moloch tenía una casa en la que eran sacrificados los inocentes niños (4). Diodoro habla de un ídolo de Saturno, junto al cual era practicado este horrendo sa-

(1) Sapient., cap. XII v. 5.

(2) IV. Reg., cap. 3, v. 27.

(3) Deut., XII, 31.

(4) Kuircher., in œdipo.

crificio (1). Lactancio pudo asegurar al emperador Constantino que hasta su tiempo, Júpiter había sido honrado con víctimas humanas, y añade que el emperador Adriano mandó abolir los nefandos crímenes humanos que Tencro había establecido en Salamina de Chipre (2). Sábese que toda Italia perpetraba estos detestables crímenes en honor de Júpiter y Saturno (3), y hasta tal grado de crueldad habían llegado algunas naciones respecto á esto mismo, que no pudiendo Dios tolerarlas en su presencia, las borró del número de los pueblos; así aconteció á los cananeos y á los cartagineses, cuyos habitantes, descendientes de aquéllos, habían imitado sus crímenes.

Las mujeres indias inmolaban á sus hijos para honrar á sus dios y, cuando llegaban á fallecer sus maridos, se arrojaban ellas mismas al fuego. Los fenicios ofrecían á Moloch víctimas humanas en medio de largas ceremonias (4). Pero no es esto lo más admirable; lo que pasma mucho más es que unos pueblos que se apellidaban ilustrados y civilizados, y que la generación moderna ha dado en ponerles al frente del progreso humano, hubiesen llevado hasta el desenfreno esta repugnante práctica. Así dice Lactancio que de los bárbaros nada se admira, porque su religión debía ser enteramente semejante á sus costumbres; pero los nuestros, añade, que se adquirieron la gloria de la humanidad y de la mansedumbre, ¿no son todavía más inhumanos en estas sacrílegas solemnidades? (5) Cuando lograban alguna victoria sobre el enemigo, sacrificaban á Júpiter los más de los prisioneros de guerra. Diodoro asegura que sobre las entrañas rotas de un niño se juró la conspiración de Catilina, y que después comieron de ellas los príncipes conjurados (6). Los griegos, que fantaseaban marchar también á la cabeza de la civilización, incurrieron asimismo en estas escenas

(1) Apud Euseb., *Preparat. Evang.*, lib. 4, cap. 7.

(2) *Instit.* lib. I, de falsa relig., cap. 21.

(3) *Lactanc.*, *ibid.*

(4) Menandro de Éfeso y Diod. de Fenicia.

(5) *Inst.*, lib. de falsa relig., cap. 21.

(6) *Lib.* 37, pag. 84.

bárbaras; en medio de sus augustas solemnidades solían regar las cenizas de sus difuntos con sangre de enemigos; y Homero cuenta que hicieron quemar á doce troyanos con el cuerpo de Patroclo.

Mas ¿para qué proseguir, si casi todo el mundo estaba infestado de esta clase de repugnantes acciones, llevadas á cabo únicamente por complacer y dar culto á los demonios? Marte era honrado con víctimas humanas que le ofrecían los lacedemonios; Saturno con las de los rodanos; Júpiter con las que presentaban los cretenses; los de Lesbos ofrecían sacrificios á Baco, los focenses á Diana y los de Chío á Dionisio (1).

Para aplacar la Divinidad, cuando se mostraba justamente irritada contra sus ofensores, ¿se cree que aquellos bárbaros daban señales de penitencia? ¿se cree que prometían la enmienda de sus extravíos y que subsanarían su falta ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio digno de la Majestad infinita? Nada menos que eso. Los paganos debían comprender muy bien que los humanos seres inmolados de aquella manera, eran sus semejantes, con los mismos derechos que ellos, y que no les era lícito tratarles en esa forma, cuando ni el Omnipotente aceptar podía tales sacrificios, ni ellos mismos recibir utilidad ninguna. No obstante, el espíritu malo obcecaba aquellas rudas inteligencias y les hacía ver que para aplacar á los mentidos dioses preciso era ofrecer ante sus altares las entrañas de sus propios hijos, la sangre humeante de los párvulos y las cenizas de mujeres desgraciadas. Los cartagineses inmolaron de una vez doscientos jóvenes sacados al azar (2), en ocasión que se vieron sitiados y vencidos por Agatocles; y dícese que Amilcar, mientras duró la batalla que dió en Sicilia, hizo mantener una hoguera con toda clase de víctimas por aplacar á Saturno. Á tal extremo de cruel fanatismo habían llegado estas terribles escenas, que el mismo Tiberio mandó ahorcar á muchos sacerdotes de los ídolos porque las fomentaban.

(1) Zéballos. *Falsa filosofía*, tom. 3, lib. I, P. II, *Disert.* 3.

(2) *Lactancio*, *ibid.*

El historiador Eusebio (1) afirma con imparcialidad, que este género de barbarie era usado en la mayor parte de los pueblos idólatras antiguos, como latinos, griegos, egipcios, árabes, españoles, escitas, alemanes, franceses é ingleses; ¿qué más? hasta los pueblos idólatras modernos, como los americanos y varios de la Oceanía, han inmolado hasta hace poco esta clase de víctimas para aplacar el furor de sus dioses, según ellos decían. El caballero Lorenzo Boturini asegura (1) que hubo sacrificio extraordinario que costó la sangre á cincuenta mil prisioneros de guerra, y los embajadores de Motezuma, emperador de Méjico, certificaron á Hernán Cortés que aquel impío monarca necesitaba anualmente cincuenta mil hombres para degollarlos ante los altares de los ídolos.

¿Qué eran, entre los romanos, los tristes espectáculos de los gladiadores sino una prueba muy palpable de este género de sacrificios, paliados con la diversión que de los mismos obtener podían aquellos espectadores sin entrañas? El anfiteatro se llenaba de infelices gladiadores que se disponían á luchar cuerpo á cuerpo con las fieras, y confundidos con ellos bajaban á la arena todos los que parecían irreconciliables enemigos de los demonios, tocando buena suerte á los cristianos que habían confesado la fe de Jesucristo. Los tigres y leones salían de sus férreas jaulas y en un momento sembraban de huesos humanos el pavimento del circo.

Pero todavía hay más; no sólo eran sacrificadas víctimas humanas por aplacar los furores diabólicos, si que también por tener propicio al diablo, de quien esperaban conseguir algún favor. Se había declarado la guerra, y los sacerdotes paganos se armaban con la tea encendida en una mano y en la otra el afilado cuchillo, para romper con éste el costado humano, sacar el corazón y encender con aquélla la hoguera preparada para sacrificar esa parte nobilísima del organismo. Las víctimas se componían de los delincuentes, esclavos y prisioneros capturados en anteriores guerras. La

(1) Idea de la histor. general de América, pag. 2.^a

muerte con todos sus negros horrores se había erigido en divinidad excelsa, sobre las aras de aquellos idólatras, y no había cosa tan sencilla, ni que menos llamara la atención, que inmolar de esta manera un ser humano. En los grandes apuros, dice Plinio, (1) solían ofrecer á sus divinidades una *primavera sagrada* que se solemnizaba sacrificando todos los seres racionales é irracionales que veían la luz en los meses de Marzo y Abril, lo cual practicaban, no sólo los cananeos, los fenicios y los cartagineses, sino los mismos romanos. Italia y Grecia pagaban á Júpiter y Apolo la décima de cuantos hombres nacían en sus respectivos territorios. Dinamarca ofrecía anualmente por el mes de Enero noventa y nueve hombres, costumbre que en el siglo X fué abolida por el Cristianismo. Ana Xinga (2), reina de Angola, en África, no emprendía guerra alguna sin que primero degollase en honor de sus ídolos un número considerable de varones; ella misma ¡horror! cortaba las cabezas humanas de un solo golpe de hacha, bebiendo después un vaso de sangre humeante de las víctimas. En Méjico, (3) para ofrecer á los ídolos una ofrenda digna del gusto satánico, confeccionaban una pasta compuesta de todas las semillas y legumbres que en la comida usaban, amasándola después con sangre extraída de humanos corazones. Aquí se resiste la pluma á proseguir la narración de tantos hechos criminales, por cuya razón basta lo referido para comprender á qué grado de superstición y barbarie habían llegado los infelices mejicanos antes que vieran resplandecer en sus dominios la antorcha evangélica. Lo que acabo de indicar puede aplicarse igualmente á todas las repúblicas vecinas de aquella nación, porque, como dice con aplomo Montagne, (4) en todas partes se alimentaban los ídolos de sangre humana.

Aun en tiempo de los albores cristianos, los romanos cé-sares, ¿no escogían á los discípulos de la cruz para que, juntamente con los esclavos, expiasen sus vidas en honor de los

(1) Lib. 28, cap. 1.

(2) Dictionar. de Thomás Cornel., art. Angol.

(3) Cartas de D. Francisco Lorenzana.

(4) Lib. J, cap. 29.

ídolos? ¿qué significan si no, estas más que estudiadas interrogaciones: «ó inmoláis á los ídolos ó de lo contrario se os inmolará á los demonios», sino que el imperio de Satanás estaba tan extendido en el mundo que quien no era amigo suyo era sacrificado? Al efecto, los prefectos de las provincias, convertidos en satélites infernales, no dándose punto de reposo por complacer á sus mentidos dioses, indagaban las moradas de los cristianos, buscaban á éstos, les prendían, les insultaban, les violentaban y les martirizaban finalmente; y esos dieciocho millones de confesores de Cristo que en medio de atroces tormentos y ante las inmundas aras de los ídolos ofrecieron sus inapreciables vidas; ese número de discípulos del Crucificado que no temieron ni la espada, ni la hoguera, ni el hambre, ni las fieras, y que prefirieron morir á manchar su bautismal estola; toda esa considerable cifra, repito, aunque gloria de la Iglesia Católica, fueron, de parte de los idólatras y en pocos centenares de años, regalados, digámoslo así, á los demonios, quienes, cebando en ellos su cruel saña, nada hicieron en favor de la república.

Las bárbaras leyes paganas no se contentaban con sacrificar los adultos á Lucifer, sino lo que es más horrible todavía: escogían á los niños, flores tiernas del jardín humano, para perfumar con sus ricas esencias los altares idolátricos. Al pretender formar de su desgracia capítulo aparte, la pluma se resiste, y un impulso de indignación á mis sentidos se asoma, viendo que el fanatismo demoniaco ni aun la inocencia perdonaba. ¡Cuánta sed de humana sangre sentía el mal espíritu! Se estaba en la persuasión que el niño antes de nacer, no pertenecía á la especie humana, y he aquí con esto sancionado el aborto, el infanticidio y la exposición pública de criaturas tantas. (1) Augusto, por el simple hecho de mandar que el infante que había alumbrado su hija Julia fuese ahogado, autorizó una costumbre perversísima que muchas madres y parteras imitaron. Las que no se atrevían á poner en ejecución tamaño crimen exponían la criatura,

(1) Suetonio, Vida de Augusto.

ó se las obligaba á ello en determinados casos. Entonces veíase á los *lanistas* correr al lugar de la exposición y tomar unos párvulos que mantenían para gladiadores; veíase á los *mágicos* recoger á muchos infantes para confeccionar brevajes con su sangre; veíase con horror á los *mendigos* que los mutilaban bárbaramente para inspirar en el público sentimientos de filantropía; veíase, finalmente, á los *dueños de los lupanares* que, recogiendo ó robando las niñas, destinábanlas más tarde para focos de corrupción y agentes corruptores.

¡Pobre niño! Y ¡cuánta avidez mostraba el diablo para hacer estéril su concepción y su nacimiento! Mas no terminaban aquí los azares de la infancia: era preciso que ésta sufriese mucho y que fuese inmolada cuanto antes en honor de la gran Bestia. Una ley de las Doce Tablas autorizaba á los padres para que pudiesen vender sus hijos, rescatarlos, volverlos á vender y hasta matarlos. Todos los años había sacrificios infantiles. Los cananeos, cartagineses, galos y egipcios los llevaban á cabo sin horror. En Méjico como en otros puntos del Nuevo continente se contaban por miles los destinados anualmente al sacrificio. Todavía en Darfur (África), lugar donde no ha penetrado aún la luz de Jesucristo, se sacrifican todos los años dos niños, á fin de obtener días prósperos y óptimas cosechas. Y no se crea que inmolationes tales eran ejecutadas en medio del silencio y del pavor; no se crea que sus perpetradores se llenaban de natural compasión al contemplar escenas tan horripilantes; no se crea que el público dejaba de asistir á unas escenas tan salvajes; no: en medio del bullicio, del baile y algazara, en medio del frenesí más inconcebible, y acompañados del canto y de la música, los sacerdotes paganos degollaban y quemaban un sinnúmero de criaturas, presentándolas en holocausto al rey de los demonios.

¡Qué horror! Se creería sin duda que aquellos bárbaros sin entrañas no serían capaces de practicar mayores tormentos en los niños. Pero no; era necesario atormentar á la humanidad infantil con suplicios nuevos, y que Luzbel saciara